



(ELPAIS.com/ [Gonzalo Fanjul](#) , 08/01/2014) A los europeos de 2014 nos ha tocado vivir una peligrosa involución ideológica que castiga, entre otros, a los inmigrantes. De nada sirve que los datos [muestren](#) de manera sistemática que la inmigración sigue siendo beneficiosa o neutra para las economías de la UE:

con la crisis por montera, es raro el Estado en el que no se limitan los beneficios sociales de los extranjeros, se endurecen sus condiciones laborales o se violan abiertamente derechos fundamentales como el de asilo y refugio

. Los movimientos de extrema derecha reaparecen como setas tóxicas en media Europa, y en todos los países el populismo cobra fuerza en los partidos tradicionales de derechas e izquierdas (que se ciñen a garantizar los derechos de los trabajadores en situación regular; el resto, que se hubiese quedado en casa).

Afortunadamente, no todo el mundo tiene un sillón que mantener. La regresión europea se ha topado con la resistencia de algunos gobiernos y partidos políticos, y de numerosos movimientos sociales que demuestran de manera activa su solidaridad con los extranjeros y el sentido común de quienes entienden la ciudadanía global como un valor inherente al siglo XXI.

Pero hay una voz cuyo silencio resulta estruendoso: la de las instituciones y ONG dedicadas a la lucha contra la pobreza en los países en desarrollo

.

